

23. DE LAS BODAS REALES

«En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas, diciendo: El Reino de los Cielos es semejante a un rey, que celebró la boda de su hijo. Mandó a sus siervos e invitar a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar otros criados que les dijeran: tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto, venid a la boda. Mas ellos no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, a exterminar a aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: El banquete está preparado, pero los invitados no eran dignos. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de boda... arrojadlo fuera, a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes.; porque muchos son los llamados y pocos los elegidos» (Mt 22,1-14).

EL santo EVANGELIO según San Mateo expone la parábola de la boda del hijo del rey, dirigida a los sumos sacerdotes y al pueblo de Israel. El Reino de Dios es un banquete de bodas.

En aquel tiempo, un anfitrión que daba una recepción podía lucirse por el número de sus invitados y el buen servicio a sus comensales; el invitado esperaba que le comunicasen los nombres de los asistentes y a ser llamado el mismo día del banquete por mensajero.

La parábola indica que ha llegado el Reino Dios, con Jesucristo. Destaca la importancia del que llama: "Un rey" y de la fiesta que celebra, la "boda de su hijo". Subraya con insistencia las reiteradas invitaciones, a sus amigos que ya habían sido invitados: "Todo está a punto. Venid a la boda"; resuenan ahí las palabras que inician y resumen la predicación de Jesús: "Está cerca el Reino de los cielos: convertíos" (cfr. Mt 4,17). Pero, llegada la hora, los primeros invitados se desentienden. El rechazo y el maltrato a sus enviados, es una muestra clara de rebeldía. Entonces, el anfitrión convida a todos, "malos y buenos", a la fiesta y así la sala se llenó, lo cual fue una afrenta para los que no habían querido acudir. Y luego, extermina a los que han rechazado la invitación y destruye su ciudad, que aquí alude a Jerusalén; así mismo, los malos tratos al segundo grupo de enviados pueden referirse a la actuación del judaísmo con los primeros cristianos.

Mateo, que escribe para los judíos de su comunidad, los ve afectados dolorosamente en su sentido patriótico ante la destrucción de Jerusalén por los romanos, el año 70; este hecho trágico pone a prueba el sentimiento de solidaridad nacional y la fe en la eficacia de la palabra de Dios. La parábola los exhorta a la reflexión, a meditar y confrontar la existencia y la Palabra; esa fe que se ha derrumbado con la ciudad, llega a juzgarlos; esta parábola invita a Israel al arrepentimiento y a la conversión; han de revisar su vida y volver a apreciar la promesa divina, anunciada por los profetas, reconocer al Mesías en Jesucristo y aceptar el Evangelio en conformidad a la Palabra oída. Mateo les muestra que la palabra de Jesús es la única capaz de expresar el sentido de la vida.

La Palabra de Dios no fracasa, explica Jesús, pues la sala del banquete se llena del todo; el rechazo parcial se debe al uso de la libertad de los primeros invitados, que les sirve de poco, porque, en los cruces de caminos del mundo, hay una legión de invitados al banquete de Jesús, "malos y buenos" -dice el evangelio- que aceptan la Buena Noticia del amor de Dios para todos los hombres, a condición únicamente de ir con vestido de fiesta, es decir, no como quien va a una obligación, sino a una alegre e importante fiesta. Deben saber que la caída de Jerusalén es el castigo a la incredulidad del pueblo y al trato infligido a los profetas y al Hijo enviado por Dios.

“Muchos son los llamados y pocos los elegidos”. Obsérvese, que el adjetivo *muchos* es la manera semítica de decir todos; no significa que unos sean llamados y otros no, sino “todos son llamados, pero pocos escogidos”. No indica en absoluto, que son más los que se condenan, que los que se salvan. Explica que todos están llamados a construir el Reino de los cielos aquí en la tierra, pero que no todos lo hacen. Expresa que, por el hecho de pertenecer a la Iglesia, no se entra automáticamente en el Reino, es necesaria una transformación personal, expresada con la imagen del traje de fiesta. Quiere decir que para pertenecer al Reino de Dios hay que poner algo de nuestra parte. Dios invita y hasta pone el traje, pero le exige al hombre sinceridad, buena voluntad, apertura a Dios y a los hermanos, dar frutos de fe. Dios pone lo más, sin duda, que es su llamada y su gracia, pero “es imprescindible que el hombre acuda vestido de aceptación y disposición; porque Dios, que quiso crear al hombre sin el hombre, no quiere salvar al hombre sin el hombre”, dice San Agustín. El rey-juez excluye a quien no lleva ese traje, porque no ha querido ponérselo y así, por culpa propia, se excluye de la salvación. La llamada de Dios es para todos, pero exige una respuesta que no todos dan.

Mateo recalca fuertemente la posición de los que no aceptan el banquete. Deliberada e intencionalmente “no se preocupan” del asunto y se vuelven a sus negocios; incluso con sangre fría arremeten contra los mensajeros. La crítica que esto supone a la actitud de los jefes del pueblo es de toda dureza, señala una situación límite. Al don de la fe, es de todo punto necesario responder con la vida, de lo contrario él mismo se autodestruye. El mensaje de Jesús es para todos y a todos se llama al convite que es la fe, nadie está discriminado ante este don de Dios. Jesús recoge la herencia universalista del profetismo llevándola hasta sus límites. Mas aún, no hay selección en cuanto a la postura moral de los participantes, ya que hasta los malos pueden llegar a participar de la fe, si aceptan a Jesús. Para ser buen creyente no es imprescindible ser ya bueno moralmente. A muchos, a todos, se ofrece el reino, pero no todos tienen la actitud íntima, para dar una respuesta de fe honda.

La fiesta sólo se inicia cuando la sala está llena, sin que nadie sea llamado por sus méritos. Finalmente, el que no viene con el traje de boda, es expulsado. Es un añadido de Mateo para advertir que, por el hecho de que la invitación sea gratuita, no debe degenerar en descortesía y falta de responsabilidad. La gratuidad de la invitación sí que reclama nuestra aceptación. Desde Jesús, los irrelevantes son los destinatarios privilegiados: sólo comprende a Dios el que acoge al pobre. De ahí que la Iglesia no puede ser un club de buenos, decentes y selectos. Es la reunión de invitados gratuitamente a algo que nos es dado. No somos los dueños ni de la casa, ni de la mesa, no somos quienes para rechazar o poner condiciones. Somos servidores de una causa: que el Reino llegue a todos. Sólo repitiendo el gesto de Jesús –poner a Dios al alcance de los pobres– comprenderemos cuál es el proyecto de Dios.

Se resalta, en el evangelio, la idea de que el Reino de Dios es un banquete; desde los profetas, Israel describía la alegría de los tiempos mesiánicos como un banquete; también Jesús acude a este simbolismo. El banquete y el Reino evocan comida y bebida, alegría y fiesta, plenitud, satisfacción y gratuidad... Comunión. A él no sólo “tenemos la obligación de asistir”, sino que “estamos gozosamente invitados”; esto no conviene olvidarlo en un mundo y en una cultura que ha criticado la religión, como un hecho que aliena al hombre y va contra sus tendencias más naturales, algo que se opone a su felicidad. Tal teoría es ajena y contraria a la Palabra de Dios y, por tanto, a la fe cristiana; muy distinto es el camino y hasta la meta para conseguir esa felicidad, ahí sí que existen discordancias profundas y opuestas. Pero, sin duda, la felicidad es la meta del hombre en el sentido cristiano de la vida; en vivir rectamente en la verdad y en la entrega y amor a Dios y al prójimo.

El tema del traje nupcial recuerda el del vestido y su significado simbólico en el orden de la salvación. El vestido humaniza el cuerpo, ayuda a situarse entre los semejantes, le saca a uno del anonimato. De ahí que sea con toda normalidad

signo de la alianza entre Yahvé e Israel: cual un esposo, Dios extiende el paño de su manto sobre su esposa (Ez 16). En la cruz, Jesús es despojado de sus vestidos como para asemejarse más a la humanidad pecadora frente a la muerte, que da al traste con todas las falsas seguridades y las apariencias. Pero muy pronto revestirá, en la resurrección, la gloria divina que vive en Él. "Revestirse de Cristo" o "revestirse del hombre nuevo" (Ga 3,27-28; Ef 4,24; Col 3,10-11), representa, pues, participar en ese orden de la salvación que engloba el desprendimiento y la resurrección de Jesús; hay que revestirse del atuendo nupcial antes de participar en el banquete eucarístico, y esa participación es una fuente de exigencias morales que el invitado debe honrar mediante los desprendimientos que se imponen.

Dios llama, pero el hombre ha de responder; nos hizo libres y quiere que ejerzamos la libertad. Esto nos lleva a la conclusión de la parábola: "Porque muchos, todos son los llamados y pocos los escogidos". Esto es así, pero no por culpa de Dios.

Camilo Valverde Mudarra